

A LA GACETA DE MADRID

DEL MARTES 19 DE MARZO DE 1833.

NECROLOGIA.

El día 6 de Julio del año último de 1832 falleció en la ciudad de Cádiz á los 62 años de edad, el Excmo. Sr. D. Josef de la Serna, conde de los Andes, teniente general de los Reales ejércitos, condecorado con las grandes cruces de Isabel la Católica, S. Fernando y S. Hermenegildo. Nació en la ciudad de Jerez de la Frontera en 28 de Julio de 1770, siendo sus padres D. Alvaro de la Serna y Figueroa Ponce de Leon, caballero del hábito de Santiago, y Doña Nicolasa Martínez de Hinojosa y Trujillo. Educado con el mayor esmero en los principios del honor, propios de sus nobles ascendientes, manifestó desde niño decidida inclinación á la profesion militar, en la cual habia servido tambien su padre hasta la clase de capitán. Correspondiendo este á la afición y favorables disposiciones de su hijo, le puso los cordones de cadete en el Real colegio de artillería de Segovia en Setiembre de 1782. Desde luego se distinguió el joven D. Josef en sus estudios por la capacidad y aplicación que manifestaba, y la pundonorosa conducta que seguía. En 1787 ascendió á subteniente en el mismo Real cuerpo, y en 1790 y 91 asistió á la defensa de la plaza de Ceuta sitiada por el Emperador de Marruecos, habiéndose señalado por su valor en varias salidas que hizo la guarnición para destruir los ataques del enemigo. En la guerra contra la Francia en los años 1794 y 95 sirvió en la clase de teniente en el ejército de Cataluña hasta la celebración de la paz, distinguiéndose por sus relevantes prendas militares y amabilidad de caracter. Con la misma graduación y la de capitán sirvió desde 1799 hasta 1802 en las expediciones marítimas mandadas por el general Mazarredo en la guerra de España y Francia contra los ingleses, acreditándose por su infatigable actividad y valor en el mando de la artillería en varias columnas volantes de tropas combinadas sobre las costas de Francia, y desempeñando muchas comisiones importantes del servicio militar superiores á su graduación, en las cuales dió repetidas pruebas de su instrucción, talento y probidad.

Hallábase de teniente coronel en 1808 cuando estalló la gloriosa lucha de la nación contra Napoleon Bonaparte, y durante ella fueron incesantes sus servicios. Asistió á muchas acciones de guerra, y se distinguió particularmente en la del paso del Júcar al retirarse el mariscal Moncey de Valencia, en la batalla de Tudela, y en el segundo memorable sitio de Zaragoza, donde quedó prisionero de guerra con el grado de coronel. Conducido al interior de Francia no pudo sufrir el estado de inacción de un prisionero mientras combatía su patria heroicamente por rescatar su independencia y su REY; y habiendo realizado su fuga del depósito de Nancy en que estaba, tuvo que hacer un penosísimo viage de siete meses desde Setiembre de 1812, atravesando la Suiza, la Baviera, el Austria, la Hungría, la Valaquia, la Moldavia y parte de la Grecia, hasta embarcarse en Salónica para Malta, y en esta para Mahon.

Habiendo ascendido á coronel efectivo y brigadier en su propio cuerpo de artillería, fue promovido por S. M. en premio de sus méritos á mariscal de campo, confiriéndole el mando en jefe del ejército del alto Perú en 1815. Se embarcó en la fragata *Venganza*, pasó el cabo de Hornos, y desembarcó en Setiembre de 1816 en el puerto de Arica; desde donde, atravesando la cordillera de los Andes, marchó al cuartel general del ejército que se hallaba 212 leguas distante en el pueblo de Cotagaita. Tomó el mando en Noviembre, y desde luego dió principio á las operaciones contra los disidentes de Buenos-Aires, sin embargo del corto número de tropas que tenía á sus inmediatas órdenes, que no llegaban á 40 hombres disponibles.

En su consecuencia marchó personalmente sobre la provincia de Tarija, la que ocupó y tranquilizó despues de una viva acción que mandó por sí mismo en las inmediaciones y calles de aquella villa. En seguida invadió las provincias de Jujui y Salta, en las que tambien estuvo á la cabeza de las tropas en las acciones de los días 13, 15 y 16 de Marzo, 13, 14 y 15 de Abril, 5 y 6 de Mayo. Finalmente, mandó y dirigió con el mayor acierto la difícil y larga retirada que tuvo que verificar el ejército sobre la línea de Mojó, en que por espacio de 30 días no hubo apenas uno en que no tuviese que sostener un combate mas ó menos vívo, tranquilizando con sus disposiciones, y mediante varios encuentros serios con los enemigos, las provincias de Charcas y de Sta. Cruz de la Sierra.

Sosegado enteramente todo el alto Perú, y habiendo logrado poner el ejército en el pie mas brillante de instrucción, orden y disciplina, obtuvo en Setiembre de 1819 la dimisión del mando que habia solicitado repetidas veces, fundado en el lastimoso estado á que habia llegado su salud por tantas fatigas, trabajos y desvelos como habia sufrido en las tres campañas que acababa de hacer.

Luego que entregó el mando del ejército pasó á Lima á verificar su viage

para la Península; pero hallándose amenazadas aquellas costas por las tropas enemigas que ocupaban el reino de Chile, el virey lo detuvo en dicha capital donde juzgaba muy necesarios sus servicios, confiriéndole á nombre de S. M. el empleo de teniente general. Los enemigos en efecto verificaron su desembarco en Setiembre de 1820; y el general la Serna en clase de segundo del virey, hizo esta nueva campaña con el zelo y la decision que le eran característicos hasta que se encargó del vireinato en Enero de 1821.

Desde luego adoptó un nuevo plan de campaña, apoyando sus operaciones sobre el valle de Jauja con el objeto de obrar con libertad sobre las costas, y de acudir con prontitud á los movimientos de las provincias á beneficio de las líneas interiores. En su virtud abandonó á Lima despues de haber tomado para verificarlo las disposiciones oportunas; restableció la disciplina y la confianza; armó los nuevos reclutas con armas sacadas del poder de los enemigos; suplió la falta de recursos poniendo todas las clases del ejército á media paga, y los gefes superiores á menos, cuya rebaja sufrieron todos con la mayor conformidad al ver que el virey se habia puesto á quinta parte de sueldo, señalándose solamente 120 duros en lugar de los 600 que le correspondian. Este noble desprendimiento contribuyó poderosamente á afianzar el orden, é influyó sobremanera en el éxito de las operaciones sucesivas, que tanta gloria proporcionaron á las armas españolas.

Durante su vireinato dirigió seis campañas, cuya ejecución cometió á sus generales subalternos, excepto dos que mandó personalmente. La primera de estas fue la que lleva el nombre de Campaña del Sur del Desaguadero, ocurrida en los meses de Agosto, Setiembre y Octubre de 1823, en la que habiéndose los enemigos apoderado del centro del Perú por la facilidad que tenían para ejecutar sus movimientos de flanco, teniendo el dominio del mar, y en ocasion de que la mayor parte de las tropas del ejército Real estaban empeñadas sobre Lima; el virey la Serna reunió sobre el Desaguadero 300 hombres, maniobrando con ellos sobre este caudaloso río, que al fin logró pasar, obligando á las tropas disidentes á reconcentrarse sobre Oruro, donde se habia propuesto reunir la pequeña division que tenia bajo la mano con otra de 200 hombres que á la sazón ocupaba á Potosí; operacion difícil por hallarse interpuesto el enemigo, pero que verificó al fin despues de haber estado maniobrando para conseguirlo por espacio de cuatro dias, siempre á la vista de aquel, de cuyas resultas quedó tambien dueño de la línea interior, y en medio de los diferentes cuerpos que debia batir, que era otro de los designios que se proponia en sus maniobras.

En efecto, logrados estos objetos, cayó con la mayor rapidez sobre el cuerpo enemigo que estaba mas inmediato, al que destruyó completamente: con la misma marcha sucesivamente sobre los demas, teniendo todos igual suerte; y en conclusion el virey la Serna en esta gloriosa y penosa campaña, logró casi con solo la sábia combinacion de sus movimientos con una fuerza de 500 hombres que mandaba, destruir un total de 1500 enemigos correspondientes á las cuatro repúblicas de la América meridional, causándoles la perdida de 7500 hombres, entre ellos 400 prisioneros, 800 fusiles, 4 piezas de artillería, todos sus caballos, banderas y parque, siendo de notar que en 50 dias anduvieron la mayor parte de sus tropas 440 leguas.

Los resultados de esta campaña (á que habian concurrido todas las fuerzas organizadas que tenían los enemigos desde el istmo de Panamá hasta el cabo de Hornos), unidos al buen crédito que el general la Serna tenia en los pueblos por su sábia y justa administracion, al afecto que le profesaba el ejército por su acertada direccion, á la afabilidad de su caracter, y á su infatigable actividad y vigilancia, le proporcionaron tranquilizar casi todo el vireinato, llegando hasta persuadir á sus habitantes de la conveniencia de su union con la metrópoli. Sin duda hubieran sido permanentes las brillantes consecuencias de tantas fatigas, á no haber sobrevenido la inesperada y funesta disidencia del general Olaneta, que volvió á con-mover los pueblos, á dividir los ánimos, á atizar las disensiones y á distraer las fuerzas del ejército, facilitando por consecuencia la nueva invasion y la victoria de Bolívar por medio de su segundo el general Sucre. En efecto, habiendo penetrado este con su numeroso y bien organizado ejército en 1824 hasta el rio Apurimac, á 25 leguas del Cuzco, despues de haber obligado á replegar hasta aquel punto á las tropas Reales que cubrian el frente de Jauja, y hallándose al mismo tiempo empeñado y casi destruido el resto del ejército Real que operaba por la parte de Potosí contra el general Olaneta, no quedó mas recurso al virey la Serna que reunir sobre el Cuzco para contener á Bolívar, sus débiles cuerpos de Norte y Sur, distantes entre sí cerca de 500 leguas, tomando personalmente el mando de la campaña decisiva que se preparaba.

Dadas las disposiciones convenientes, pasó el Apurímac el 22 de Octubre con todas sus fuerzas, que ascendían á 99 hombres, incluidos en este número mas de 39 reclutas; ocupó á Guamanga el 16 de Noviembre, y dueño de la retaguardia y de las comunicaciones del enemigo, maniobró para cortarlo y deshacerlo en el paso del río Pampas, y últimamente en Matará, donde logró batir completamente su retaguardia, causándole mas de 500 hombres de pérdida, una pieza de artillería, cantidad de municiones, almacenes y otros efectos. Continuó en seguida maniobrando á la vista de Sucre los seis dias que mediaron hasta el 9, en que sucedió la desgraciada batalla de Hayacucho. Esta accion era inevitable en el estado en que se encontraban las tropas; 50 dias de continuos movimientos y maniobras sobre las faldas de los Andes habian reducido el ejército á menos de tres cuartas partes de su fuerza: los caballos de montar y de trasportes se quedaban á docenas cansados en los caminos; el ejército estaba expuesto á disolverse sin combatir, si continuaba ocho dias mas sus movimientos. Por otra parte Olafeta avanzaba sobre el Desaguadero, y amenazaba la base del ejército por el Cuzco, al paso que Bolívar iba á ser reforzado con 39 hombres. Por tan poderosas razones se decidió el virey la Serna á dar la batalla de Hayacucho, poniendo de su parte todas las ventajas posibles. Las fuerzas de uno y otro ejército eran próximamente iguales, y el ataque se emprendió bajo los mejores auspicios; pero al mismo tiempo que la derecha del ejército Real cantaba la victoria, el enemigo por medio de un movimiento audaz y desesperado rompió el centro, introdujo el desorden, y cuando el virey se empeñaba en contenerle reuniendo los dispersos y paralizando sus progresos, cayó del caballo con cuatro heridas de tres distintas armas, y fue hecho prisionero, dejando por precision dueño del campo al enemigo. En virtud de la capitulacion pudo el virey, hallándose ya recobrado de sus heridas, embarcarse á principios de 1825 en el puerto de Quilca, y llegó á la península en Junio del mismo año, donde recibió el título de Castilla con la denominacion de conde de los Andes, que S. M. se habia dignado conferirle en Noviembre de 1824.

Restituido á su patria, cubierto de honor, ya que no de fortuna, permaneció mucho tiempo en la corte, recibiendo las demostraciones del mas alto aprecio del Rey nuestro Señor, que se dignaba tener con él una larga conferencia casi diaria, tratándole con la mayor afabilidad, y oyendo con satisfaccion sus noticias é ilustrada opinion acerca de los dominios de S. M. que habia gobernado. Empero debilitada notablemente su salud, se vió precisado á pedir el Real permiso para retirarse á Jerez de la Frontera, su patria; y habiéndole obtenido dejó la corte.

Retirado al seno de su familia, descansaba de los trabajos que habia sufrido durante 50 años de servicio, entregado exclusivamente á gozar del respetuoso cariño de sus parientes y las caricias y juegos inocentes de sus sobrinos niños, cuando recibió en la ciudad de Cádiz en Febrero de 1831 orden de S. M., encargándole de la capitania general de Granada y Jaen. Obediente por principios y por voluntad, á la mas leve insinuacion de la de su Soberano, marchó inmediatamente á desempeñar su nuevo destino, á pesar de su delicada salud, avanzada edad y gusto por la vida tranquila de simple particular. Cádiz le despidió con las demostraciones del mas vivo sentimiento, y le recibió Granada con las de aquella satisfaccion que inspiraba la confianza de sus buenas prendas. Permaneció un año en aquel mando en las mas críticas y delicadas circunstancias, en medio de las cuales se granjeó la mas general estimacion de

los habitantes, el respeto y afecto de sus subordinados y hasta la consideracion de sus mismos émulos y enemigos, que no pudieron dejar de hacer una confesion de sus virtudes cívicas y morales.

A principios de 1832 regresó á gozar en Cádiz del reposo de una vida privada en los brazos de la amistad particular y de la pública benevolencia, que es el mas grato y seguro premio del que consagra su vida al servicio de su Soberano y felicidad de su patria.

Si hubiéramos de delinear los rasgos de virtud y bondad que formaban el feliz caracter del Sr. conde de los Andes, seria necesario llenar un grueso volumen con el bosquejo de la historia de su vida; pero ya que no puede abrazar tan extenso objeto esta sucinta relacion necrológica, séanos á lo menos permitido expresar con alguna pincelada suelta el colorido de sus eminentes prendas. Resplandecian estas á primera vista en su apacible y noble fisonomía, y descubrían todo su encanto en la llaneza y amabilidad de su trato, en la modesta sencillez de sus costumbres y en la rectitud de su conducta pública, hermanada felizmente con la compasion al desgraciado y la clemencia lícita al culpable. Descollaba en medio de tan apreciables cualidades el desprendimiento del dinero, prenda tanto mas admirable, cuanto el oro suele ser el incentivo mas poderoso del corazon humano. De los 129 duros, que á otro apenas pudieran bastar para los gastos comunes de su alta dignidad, todavía le sobraban ahorros que empleaba en continuas obras de beneficencia, sin faltar á la necesaria imponente ostentacion de su elevado puesto. La severidad de sus principios político-morales le presentaba como ilícito el atesorar los caudales que para su cómoda subsistencia le concedia el Soberano, y le suministraban los pueblos que gobernaba. Así es que, sin embargo de haber conservado intacto todo su equipage cuando cayó prisionero de guerra, se vió precisado á recibir dinero en préstamo para pagar el flete de su regreso á la península. Este solo rasgo de su conducta da mas realce á sus virtudes, que cuantos panegíricos puedan hacerse en su loor. ¡Un virey del Perú, á cuya disposicion estaban los inmensos caudales de tan rico imperio, se contentó con la quinta parte del sueldo que le señaló el Rey; y despues de cuatro años de tan interesante mando, tiene que tomar prestado de sus amigos lo indispensable para pagar el viage de regreso á su patria! Libre del peso del codiciado metal, como de los remordimientos y cuidados que suelen causar su adquisicion y conservacion desmedida, vuelve á pisar, despues de 50 años de servicios, el suelo natal, enriquecido solamente de gloria, cargado de las bendiciones de cuantos habian dependido de su autoridad, y de la admiracion y alabanzas de los mismos enemigos que habia combatido. Llegó empero el plazo señalado en el gran libro del destino para el pago de la deuda que como mortal debia satisfacer á la naturaleza; y apremiándole crudamente por ella la inexorable Parca, cortó el hilo de su vida despues de siete dias de una enfermedad aguda pulmonal, en los cuales resplandecieron, como en sus postreras llamaradas, la serenidad de su ánimo y la solidez de sus principios con el brillo que solo puede difundir una conciencia asegurada de haber cumplido en la tierra la voluntad del cielo, llenando las obligaciones del hombre de bien. Voló, sin duda, la noble alma del general D. Josef de la Serna á la mansion del Eterno, quedando cubiertos de luto y anegados de dolor sus deudos y amigos, que miraron en él un modelo perfecto del hombre público, y un ejemplo á cuantos se precien de ser honrados. Descanse, pues, en paz para siempre, y admita con benignidad este pequeño homenaje que le rinden la gratitud, la amistad y el deber.